

## La Mezquita Aljama de Córdoba

JUAN A. SOUTO\*

*A la memoria de Cándido Millán y Francisco San José,  
artistas sin fortuna, maestros afortunados*

### Resumen

*La Mezquita Aljama de Córdoba fue el monumento más emblemático del Islam andalusí. Sus génesis y desarrollo fueron un fiel reflejo de los avatares del Estado omeya a lo largo de su existencia en la Península Ibérica. El complejo lenguaje plástico, tanto arquitectónico como decorativo, plasmado en este edificio sirvió de modelo a construcciones islámicas occidentales contemporáneas y posteriores.*

*La presente contribución se pretende descripción sucinta e interpretación básica de las claves de este paradigma arquitectónico al hilo de la historia de al-Andalus entre los siglos VIII y X.*

*The Jami' Mosque of Cordova was al-Andalus' most emblematic monument. Its genesis and development were a clear image of the evolution of the Umayyad state during its existence in the Iberian Peninsula. The intricate plastic language, architectural as well as decorative of this building, was used as a model for the Western Islamic ones, both contemporaries and later.*

*This contribution is intended to be a brief description and a basic discussion of the artistic keys of this architectural model in the light of the history of al-Andalus from the 8th to the 10th centuries.*

\* \* \* \* \*

### 1. Definiciones, conceptos y contextos

La Mezquita Aljama de Córdoba es el edificio más importante de cuantos se han conservado de al-Andalus. Esta afirmación, que de entrada puede parecer exagerada, cobra sentido a través del monumento en sí y de su trascendencia. Con *el monumento en sí* me refiero a sus génesis y desarrollo; con *su trascendencia*, al influjo que ejerció y sigue ejerciendo

---

\* Profesor Titular del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid. Investiga sobre Historia del Islam con fuentes escritas y no escritas.

A la vez que agradezco a los Dres. D.<sup>a</sup> Isabel Álvaro y D. Gonzalo Borrás el proponerme la confección del presente trabajo para su publicación en este número de *Artigrama*, advierto al lector que las descripciones e interpretaciones que en él se contienen intentan, en la medida de lo posible, obviar las consecuencias derivadas del hecho de que el edificio de que se trata es una Catedral desde 1236. Mis sucesivas campañas de tomas de datos en ella contaron con el preceptivo permiso y el valiosísimo apoyo del Cabildo Catedralicio y del Rvdo. Párroco del Sagrario, a quienes expreso mi más profundo agradecimiento, así como al personal de vigilancia del conjunto.

en la arquitectura del Occidente islámico (y no sólo islámico) hasta nuestros días. Por eso, para poder hablar de ella con cierta coherencia y consecuencia hay que empezar por una serie de definiciones y conceptos imprescindibles.

El Islam es más que una religión en el sentido *estrecho* en que entendemos habitualmente esta palabra. Es toda una forma de vida y de comportamiento que implica, entre otras cosas, el sentimiento de los musulmanes, los que profesan el Islam, de pertenecer a una comunidad integrada. El Islam se configura entonces como una fuerza motriz creadora de formaciones políticas, es decir, de Estados. Estados encarnados en dinastías cuya legitimidad política ha de ser a la vez, por lo dicho, también espiritual. Si la encarnación de todo Estado islámico es una dinastía, el Estado islámico hecho arquitectura es una mezquita, edificio religioso y también político, pues en él se congregan los fieles para rezar, ritual que les sirve para sentirse parte de una comunidad y de un Estado; y durante la oración más importante, la del viernes al mediodía, se invoca en la mezquita el nombre del califa, representante vivo de la dinastía dominante y por ello suprema autoridad política y espiritual de la comunidad, *Emir de los creyentes*. Al ser todo Estado islámico de carácter urbano, burocrático y piramidal, su cúspide se encuentra en la ciudad capital correspondiente. De todo esto se colige que el edificio más emblemático de un Estado islámico es la mezquita aljama (mezquita mayor o congregacional) de su capital, donde el jefe del Estado dirige personalmente la oración del viernes ante la comunidad de sus fieles, representando ritualmente su unión en una fe y en un destino común bajo su mandato. Naturalmente, la arquitectura de ese edificio ha de ser tan emblemática como los rituales que contiene. Cada nuevo mandatario (máximo representante de la dinastía, del Estado y del Islam) tiende a embellecer, mejorar y ampliar la mezquita aljama existente o a demolerla para hacer otra nueva *a su propia imagen y semejanza*. De ahí que tal mezquita sea la primera referencia a tener en cuenta a la hora de estudiar la arquitectura generada por el Estado y, por tanto, de estudiarlo a él.

El golpe de Estado promovido en Oriente por los Abbasíes y que en el año 750 derrocó a los Omeyas, primera dinastía del Islam, fue seguido de la matanza de esta familia. Uno de sus miembros, sin embargo, logró escapar. Se llamaba 'Abdarrahmán, era nieto del califa Hishám (724-743) y en su huida al punto más lejano posible del territorio islámico llegó a al-Andalus, donde en 756 se proclamó emir independiente. Es indudable que al hacer todo esto tenía en mente una clara idea de traslado: en su persona, 'Abdarrahmán llevó el Estado omeya de Siria a la Península Ibérica, de Damasco a Córdoba. El estudio de la creación y la formación

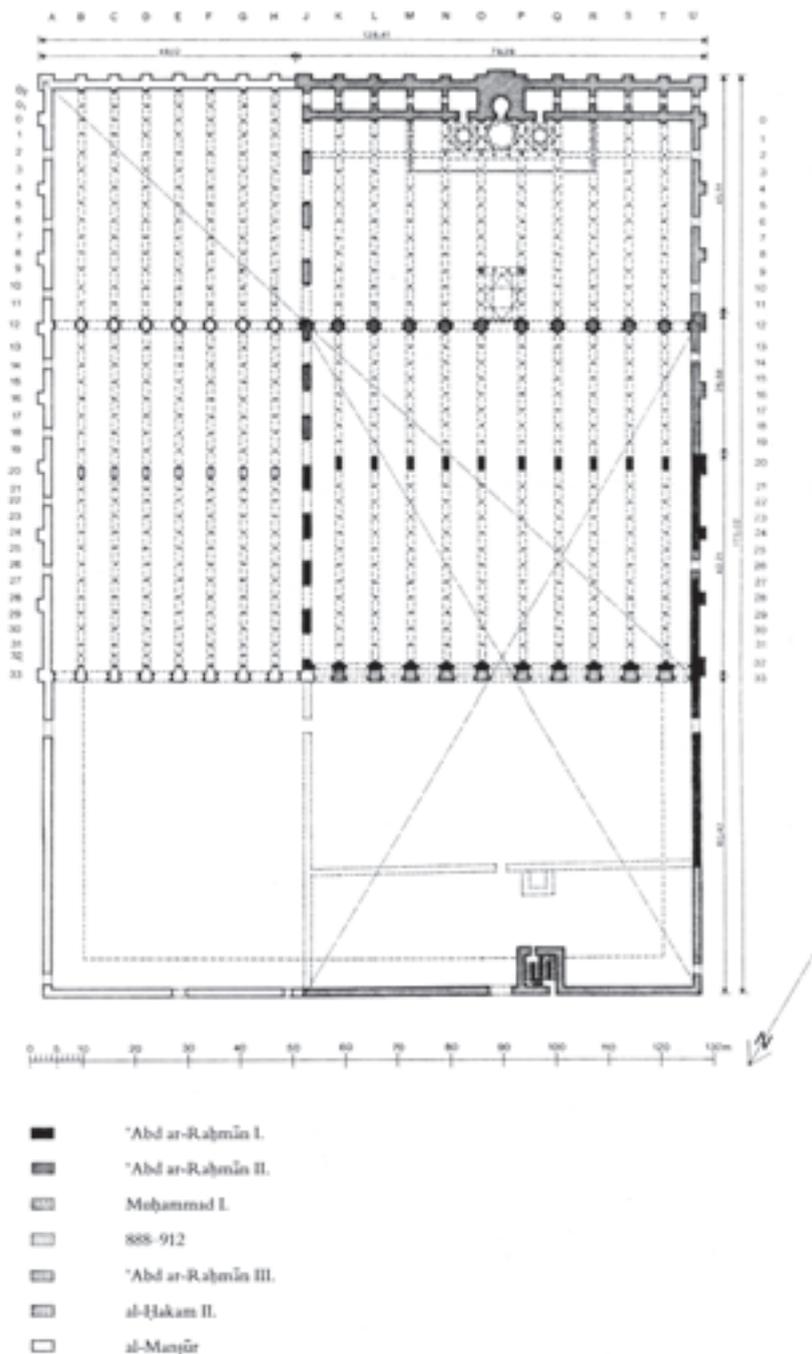


Fig. 1. Mezquita Aljama de Córdoba: planta general tras la ampliación de Almanzor (Ewert & Wisshak).

(léase *la traslación y el desarrollo*) de un Estado omeya en Occidente resulta apasionante desde el punto de vista político, cultural, institucional... y material, que es el que interesa aquí. Los Omeyas fueron consolidando su poder y su estructura política a la vez que configuraban físicamente el dominio sobre el territorio que gobernaban. Es así como partiendo de la nada (un príncipe sin Estado) se desembocó en el califato, desde un reducto fiel (Córdoba) se llegó al dominio territorial (al-Andalus), desde la importación oriental a un lenguaje propio.

Córdoba fue la sede del Estado omeya andalusí, un Estado que se pretendía unitario y centralista. Su mezquita aljama fue su mejor representación arquitectónica. La creación y la evolución de este edificio emblemático ilustran perfectamente, desde el punto de vista material, las de ese Estado. Ninguna otra mezquita, al menos de entre las conservadas hasta nuestros días, manifiesta tan claramente un fenómeno evolutivo semejante. Las páginas que siguen intentan recoger estas ideas y, de la forma más clara y sucinta posible, describir e interpretar a su luz los aspectos más destacados de la Mezquita Aljama de Córdoba.

## 2. ‘Abdarrahmán I (756-788): la fundación de un Estado

Cuando el ‘Abdarrahmán que conocemos como *primero*, apodado por las fuentes *El Inmigrado*, se proclamó independiente en Córdoba en 756, lo hizo en calidad de emir, un título que no entrañaba el sentido de dirigente también religioso que conlleva el de califa. Los Abbasíes, al destronar a los Omeyas, se habían arrogado esa condición, que en el Islam clásico sólo puede tener un individuo y transmitirse dentro de su dinastía, como se ha apuntado. ‘Abdarrahmán dejó explícita su independencia terrenal, pero no podía hacer otro tanto con la *espiritual* de la comunidad, puesto que la que él dirigía era muy pequeña. Ser califa significaba ser emir de ¿cuántos creyentes? Ni siquiera fue reconocido de inmediato en el conjunto de al-Andalus, país que hubo de ir sometiendo, sin lograrlo del todo, a lo largo de decenios.

Pero había fundado un Estado, había hecho frente a los Abbasíes, y la comunidad que dirigía necesitaba una representación arquitectónica, sobre todo en la capital, Córdoba. ¿Cómo se resolvió este asunto? En principio, mediante la continuidad de lo que los conquistadores del lugar habían establecido: compartiendo un importante espacio sagrado cristiano del centro urbano, el complejo episcopal de San Vicente. Seguía así los pasos dados en muchos lugares recién conquistados por el Islam, principalmente en Siria, Irán y Egipto, donde las primeras mezquitas fueron edificios preexis-

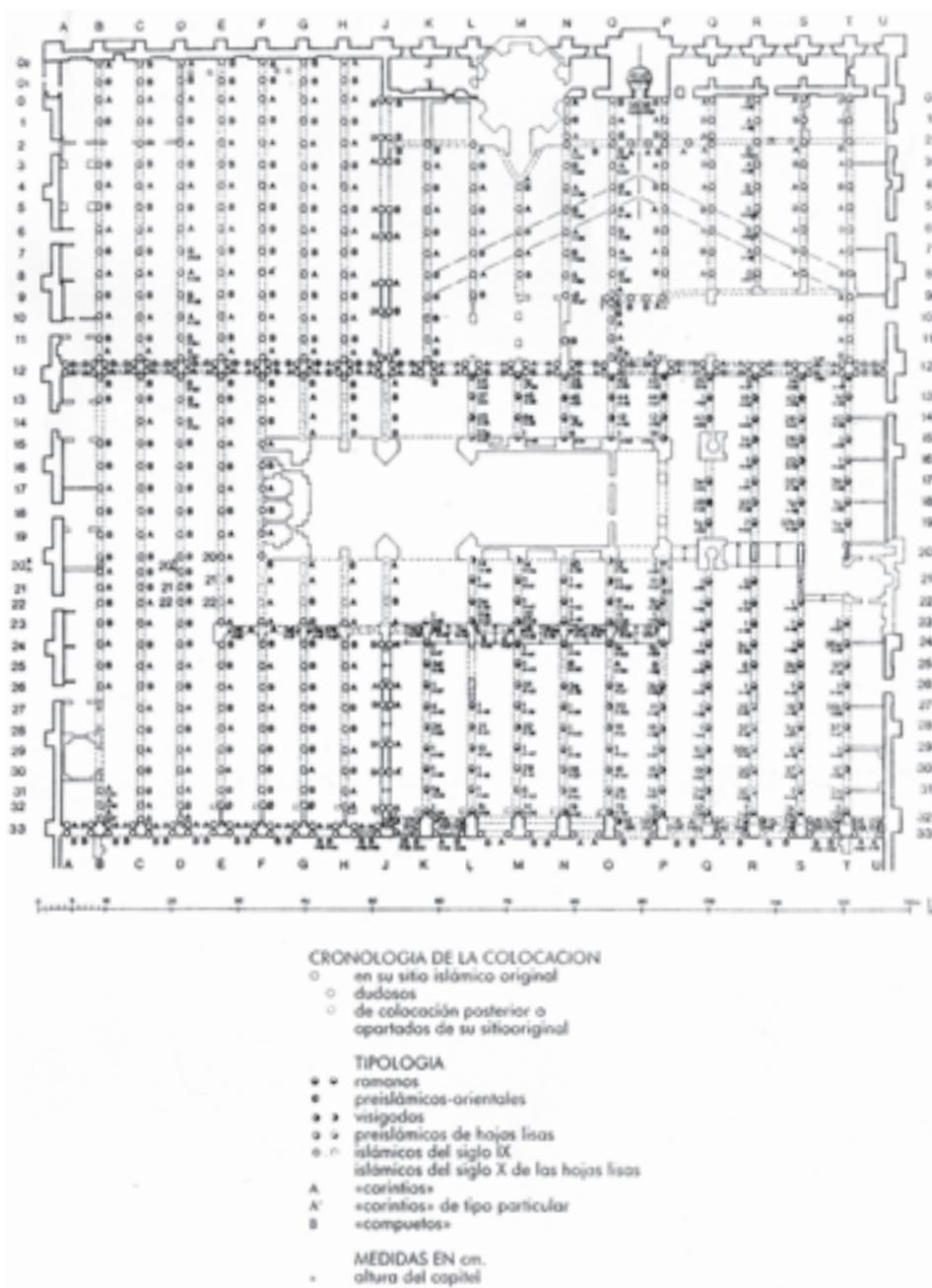


Fig. 2. Mezquita Aljama de Córdoba: estado actual con expresión de los tipos de capiteles (Ewert & Wisshak).

tentes, generalmente religiosos, compartidos o repartidos entre musulmanes y no musulmanes. Sólo tras casi treinta años de su entrada en al-Andalus, en 785, 'Abdarrahmán logró contar con suficiente apoyo político (léase *sometimiento*) en el conjunto del país y una comunidad de seguidores lo bastante grande en su capital como para dar el paso de la representación edilicia de su Estado en ésta: la construcción de una mezquita aljama. Lo cual hizo sobre el solar del complejo religioso cristiano del que así el Islam, con esa característica tan suya, tomó completa posesión real y simbólica.

¿Cómo fue esa primera mezquita aljama? Del tipo más *tradicional* y *arcaico* posible, para retrotraer la imagen del Estado omeya implantado en la Península a la de los mismos orígenes del Islam y de la dinastía que el soberano encarnaba: un trasunto de la *casa del Profeta* en Medina, un edificio rectangular con oratorio hipóstilo y patio definido perimetralmente por pórticos. Su orientación quedó marcada por varios factores, sobre todo dos: la propia del solar disponible, impuesta por sus límites; y la inclinación topográfica del terreno, ligeramente descendente hacia el río Guadalquivir, es decir, en sentido noroeste-sureste, hacia La Meca, aunque con un ligero desvío hacia el sur (figs. 1 y 2).

El oratorio, espacio fundamental de la mezquita, se concibió con una planta dotada de once naves perpendiculares a la alquibla, la central de las cuales, más ancha que las demás, dividía el conjunto en dos mitades, formando un doble cuadrado. Las dos naves extremas son a su vez algo más estrechas que el resto. El resultado es un trasunto de la hipotética planta primitiva de la mezquita al-Aqsà de Jerusalén, construida en tiempos del califa al-Walíd I, entre 705 y 715 (fig. 3). ¿Por qué se siguió este modelo sirio *atípico* y no el de la Mezquita Aljama de Damasco, ligeramente anterior, prototipo *oficial* de los antepasados de 'Abdarrahmán I? Hay dos razones. La primera de ellas es estructural: el oratorio de la Aljama de Damasco tiene tres naves paralelas a la alquibla interrumpidas en su continuidad por una central, perpendicular (fig. 4). Un edificio así organizado es menos estable ante el empuje gravitatorio hacia la alquibla que uno de naves perpendiculares a ella. La segunda razón es simbólica: la mezquita al-Aqsà se encuentra en el Harám ash-Sharíf, *El Recinto Noble* de Jerusalén, haciendo juego constructivo con la Cúpula de la Roca (terminada en 691), lo que conforma un programa sobre todo representativo de la apropiación territorial del Islam y del nuevo orden (a la vez religioso y político) que éste establecía como último eslabón de la tradición abrahámica. 'Abdarrahmán se daría así *carta de legitimidad* invocando las formas de sus antepasados al tomar posesión del recinto sagrado cordobés y con ello de la ciudad y el territorio que desde ella dominaba. El Islam, una vez más, había llegado y había hecho suyo cuanto le precedía.

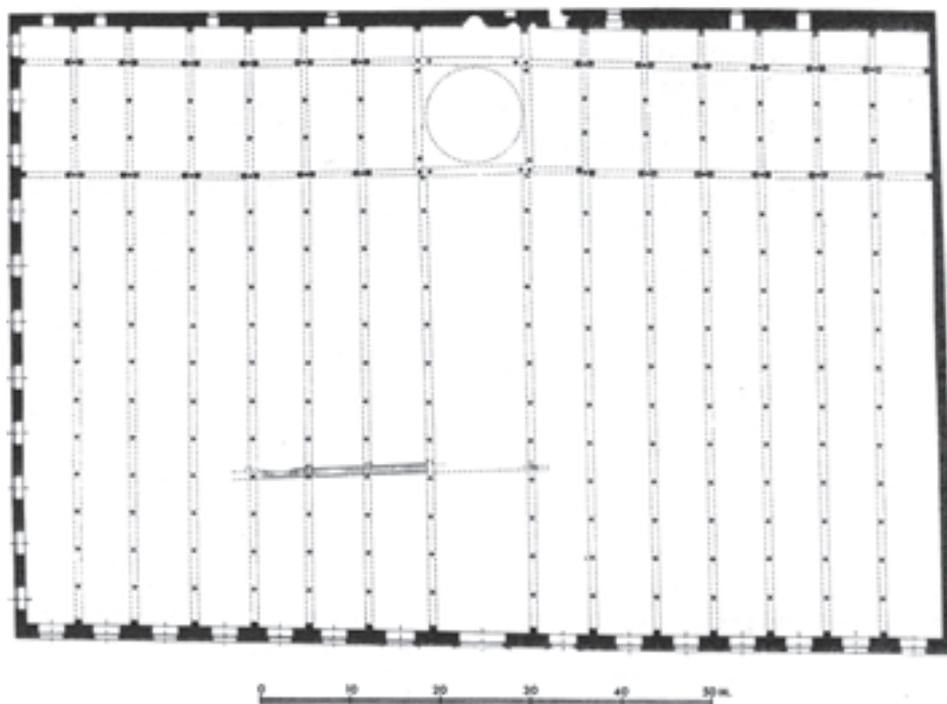


Fig. 3. Mezquita al-Aqsà (Jerusalén): planta tras las reformas abbasíes del siglo IX (Hamilton).

El alzado de este oratorio de arquerías perpendiculares a la alquibla, en la que morían, se hizo mediante un doble orden superpuesto: arcos de herradura sustentados por columnas sobre los que se disponen arcos de medio punto sustentados por pilares (fig. 5). Se trata de una solución estructural cuyo antecedente islámico más inmediato está en la Aljama de Damasco (fig. 4) y que cuenta con ejemplos hispanorromanos, aunque aplicados a magnas obras de ingeniería y siempre sobre pilares, como los acueductos de Segovia, Los Milagros (Mérida) o el tarraconense Pont del Diable. Con Los Milagros (y otros muchos ejemplos clásicos y omeyas orientales), la arquería de Córdoba comparte la dualidad de materiales, ladrillo y piedra, aunque limitado a las dovelas, que los alternan. Esta alternancia presta al conjunto elasticidad estructural a la vez que un llamativo juego cromático que habría de servir de *insignia* a la arquitectura omeya y, por extensión, a la andalusí hasta sus más tardíos ejemplos.

En cuanto a las columnas, todos sus elementos (basas, fustes, capiteles y cimacios) son piezas preislámicas (romanas o visigodas) reutilizadas procedentes de diversos edificios, lo que en principio obedece a razo-

nes prácticas, ya que resulta más rápido y barato edificar con materiales ya elaborados. Sin embargo, eso no lo explica todo, sino que se trata de otro rasgo propio de la arquitectura omeya de Oriente, en especial de la religiosa: el reemplazo y la exposición programática de materiales clásicos, sobre todo sustentantes. Con la Cúpula de la Roca y la Aljama de Damasco como principales, que no únicos, antecedentes, la Mezquita de Córdoba retomaba la idea del Islam sostenido por cuanto le antecede, que expone a modo de trofeo a la vez que emblema de legitimidad y ambiciones imperiales. Hay que destacar que estos soportes guardan cierta simetría en la nave central, simetría que se pierde progresivamente en las laterales.

La techumbre del oratorio consistía en un alfarje o techo plano de madera y cubiertas a dos aguas en cada nave.

Por lo que se refiere al exterior de la fase fundacional de la Aljama de Córdoba, la fachada del oratorio hacia el patio mostraba abierta la arquería que daba acceso a las naves, el arco central más grande, por supuesto, que los laterales (figs. 1 y 2). Las fachadas este y oeste, reforzadas con contrafuertes, lindaban con respectivas calles. La occidental enfrentaba el palacio que sería Alcázar omeya (cuyo juego con la mezquita generó así el conjunto dual de la *dar al-ímára* o *casa del poder*, muy significativo de la naturaleza a la vez política y religiosa del Islam). En esta fachada se conservan las únicas portadas originales, aunque muy reformadas, de la mezquita primitiva: la llamada *Puerta de los Deanes*, que se abre al patio (fig. 6), y la llamada *Puerta de San Esteban*, que lo hace al oratorio (fig. 7).

Esta portada de San Esteban, entre dos contrafuertes, se organiza de la siguiente forma: es tripartita, con tres calles verticales, la central más ancha que las laterales. Estas tienen dos puertas ciegas superpuestas por arcos también ciegos que cobijan celosías encargadas de tamizar la luz que a través de ellas entra al oratorio. La calle central tiene una puerta practicable rematada por un dintel adovelado, cobijado el conjunto por un arco de herradura con dovelas alternas (ladrillo y piedra) y éste, a su vez, enmarcado por un alfiz. Sobre él corre un friso de arquillos ciegos de herradura que alternan con paneles cubiertos de decoración floral. Este conjunto central se remata mediante un tejazoz sostenido por modillones de rollos. La portada de San Esteban, por su cronología temprana y sus materiales débiles (los paramentos están hechos, como el resto de las fachadas, de arenisca fosilífera), ha sufrido numerosas restauraciones y remodelaciones a lo largo de los siglos, por lo que su cronología no es homogénea. Hoy por hoy puede decirse, con las debidas reservas, que son originales de ‘Abdarrahmán I la configuración general del conjunto,



*Fig. 4. Mezquita Aljama de Damasco: vista del oratorio desde el oeste. Obsérvense el doble orden de arcos, los grandes formeros de la nave central, que cortan las tres paralelas a la alquibla, y el espacio reservado a las mujeres (a la izquierda), limitado con una repisa mueble de madera.*



*Fig. 5. Mezquita Aljama de Córdoba: nave central de la fase de 'Abdarrahmán I. Al fondo, la de 'Abdarrahmán II y el arco triunfal que da acceso a la de al-Hakam II.*

las calles laterales y el tejazoz. Sus decoraciones, de fuerte influencia oriental, son las más antiguas conservadas de la arquitectura de al-Andalus. La puerta de entrada con su arco, su alfiz y quizás el friso de arquillos sobre ella corresponden a la época del emir Muhammad I, como se verá más abajo.

Las cuatro fachadas de la Mezquita estaban recorridas en su parte superior por una línea de merlones escalonados, otro elemento de importación, documentado desde muy antiguo en la arquitectura del Próximo Oriente y que fue tomado por la omeya (fig. 7). Esta *corona de merlones orientales* habría de ser el remate constante del edificio hasta su última ampliación.

Lo más importante de esta primera fase de la Mezquita Aljama de Córdoba, y que es necesario hacer notar muy claramente, es que con ella 'Abdarrahmán I puso la imagen arquitectónica y decorativa del Estado que había creado y que sus descendientes habrían de aumentar y perfeccionar, pero cuyos elementos y lenguaje básicos quedaron establecidos desde el principio. Un Estado con claras aspiraciones califales insatisfechas por imposibles de colmar, pero cuyo germen estaba ahí porque vino con aquel príncipe inmigrado, paradigma de superviviente en contra todas las circunstancias posibles. La evolución de ese Estado discurrirá en tal sentido, al igual que la Mezquita Aljama de su capital. Y aún después de extinguido aquél, su imagen y su recuerdo seguirían siendo luminaria y ejemplo para cuantos surgieron o se implantaron en la Península y en el Occidente Islámico durante mucho tiempo. Y así su edificio emblemático, ese Islam hecho arquitectura. Veamos cómo.

### **3. Hishám I (788-796): cortos años de continuidad y avance**

Una de las ventajas que la Mezquita Aljama de Córdoba presenta de cara a su estudio es la gran cantidad de datos conservados acerca de ella en fuentes escritas de diversos tipos, frente a su escasez por cuanto se refiere a otras mezquitas andalusíes. Gracias a esos datos sabemos de hechos ocurridos al edificio o relacionados con él. Datos que de otra manera desconoceríamos y sin los cuales se nos haría bastante más difícil establecer cronologías, funciones y significados de conjunto y de detalles.

Gracias en buena medida a esas fuentes se sabe que el emir Hishám I, hijo de 'Abdarrahmán *El Inmigrado*, dotó a la Aljama de su padre de algunos elementos que éste no construyó, como el que sería su pri-

mer alminar, en el muro septentrional del patio. Hasta entonces la llamada a la oración se hacía desde una torre del alcázar frontero. Las excavaciones del arquitecto Félix Hernández, revisadas en fechas recientes por el arqueólogo Pedro Marfil, pusieron al descubierto parte de su estructura, de planta cuadrada con unos seis metros de lado (fig. 1) y cuya altura total sería de entre 18 y 20 metros, según datos de las fuentes. De Hishám I también es la *midát* o pabellón de abluciones anejo por el este a la Mezquita, así como las galerías para las mujeres, *al norte de la sala de oraciones* (es decir, a los pies de las naves o en pleno patio), de nuevo según las fuentes. No quedan restos de estas galerías. ¿Se reducirían quizás a la instalación de cortinas, biombos u otros elementos móviles aún más simples (fig. 4)?

Es obvio que el primer heredero del emirato omeya andalusí *terminó* una obra que había quedado inconclusa, pues si bien hoy día *la mezquita que se ve* es el conjunto formado por el patio y un oratorio *diáfano*, una mezquita en general y una aljama en particular comprende estas dos estructuras junto con aditamentos y anejos, de los que el alminar y el pabellón de abluciones son imprescindibles: desde el primero se convoca a los fieles y en el segundo éstos *purifican* ritualmente sus cuerpos antes del ritual de la azalá en común, de la que no se excluye a las mujeres, pese a no poder mezclarse con los hombres (fig. 4). No será la última vez que un emir concluya los trabajos (entiéndase *los proyectos*) de su padre en la Aljama de Córdoba, veremos algunos casos más. Desde el punto de vista del lenguaje político, esto habla claramente de continuidad respecto de lo que había comenzado ‘Abdarrahmán I. Recordemos, sin embargo, que fue en tiempos de Hishám I cuando el Estado omeya andalusí comenzó su firme consolidación política e institucional. Es un dato importante para comprender los siguientes pasos de su *edificio insignia*.

#### 4. Al-Hakam I (796-822): tiempos difíciles, silencio monumental

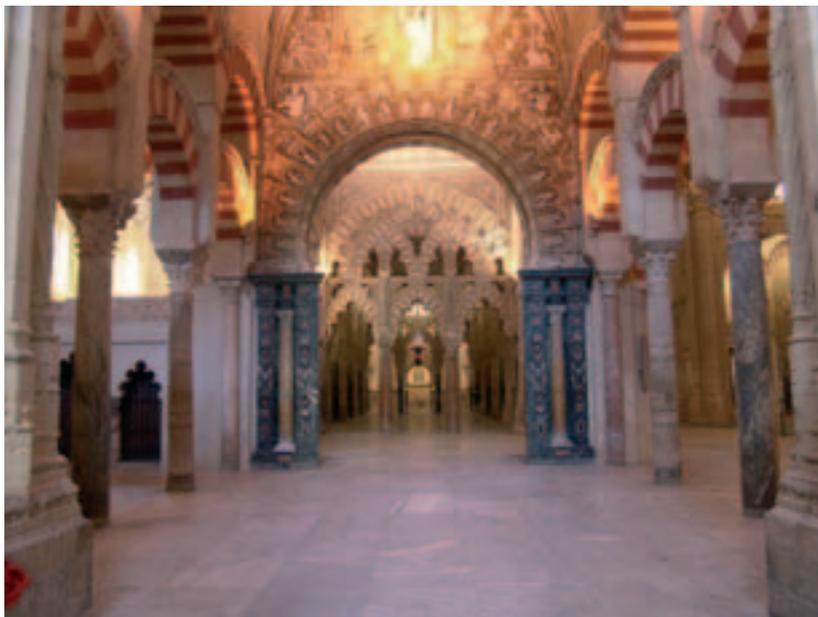
El hijo y sucesor de Hishám I fue testigo y protagonista de momentos entre los más dramáticos de la historia de los Omeyas de al-Andalus, pues sufrió importantes convulsiones internas. Éstas se debieron sobre todo a la resistencia de diversos elementos de la población a la política cada vez más clara de implantación de un Estado islámico pleno, moderno y burocrático frente al en buena medida embrionario, con un fuerte carácter tribal y de relaciones personales fundado por su abuelo. Para lo que aquí interesa, la inestabilidad política del emirato de al-Hakam I se corres-



*Fig. 6. Mezquita Aljama de Córdoba: puerta de los Deanes desde el interior.*



*Fig. 7. Mezquita Aljama de Córdoba: puerta de San Esteban desde el exterior.*



*Fig. 8. Mezquita Aljama de Córdoba: nave central de la fase de 'Abdarrahmán II. Obsérvese el arco triunfal de al-Hakam II, donde estuvo el mihrab, y las columnas que forman una cámara ante él.*



*Fig. 9. Mezquita Aljama de Córdoba: estado actual del exterior de la puerta del sabát del emir 'Abdalláh.*

ponde con la falta de construcciones en la Mezquita Aljama. Es significativo el doble silencio del edificio y de las fuentes escritas.

##### 5. ‘Abdarrahmán II (822-856): *el tímido aperturismo de la dinastía consolidada*

‘Abdarrahmán II terminó de abrir el país a las influencias externas y de organizar el Estado inspirándose en modelos abbasíes, aunque sin perder de vista en ningún momento la reivindicación de la legitimidad de su dinastía. Todo esto se reflejó en la Aljama de Córdoba mediante el seguimiento del modelo fijado por su bisabuelo *El Inmigrado*, pero introduciendo una serie de matices muy claros y precisos.

Las fuentes escritas indican que la mezquita de ‘Abdarrahmán I había quedado pequeña para la comunidad de los fieles, por lo que muchos no acudían a ella para hacer la azalá congregacional. Esto decidió al emir a ampliar el oratorio de su antepasado homónimo. Las obras comenzarían en 833 y fueron concluidas por su hijo, Muhammad I (852-886).

La ampliación de ‘Abdarrahmán II se hizo hacia el sur, para lo que se derribaron la alquibla y el mihrab de ‘Abdarrahmán I, dejando como pilares los fragmentos donde moría cada una de las arquerías, que fueron ampliadas ocho tramos. La superficie de esta ampliación equivalía a dos terceras partes de la del oratorio primitivo. Las arquerías fueron del mismo tipo de las de ‘Abdarrahmán I, es decir, de doble orden: arcos de herradura en el inferior y de medio punto en el superior, siempre con alternancia de dovelas de ladrillo y de piedra. También se sostenían mediante columnas con pilares superpuestos, característica constante de este edificio (figs. 1 y 8).

Ya se ha dicho que la nave central del oratorio fundacional es algo más ancha que las restantes. Este único rasgo de jerarquización espacial se mantuvo en la ampliación de ‘Abdarrahmán II, en la que se añadió uno nuevo, un tímido anuncio de lo que se llama *planta en T*, consistente en la combinación de una nave central más ancha (elemento ya existente) con un transepto o nave transversal junto al muro de la alquibla, paralelo a éste. La *planta en T* fue una creación abbasí, presente en la mezquita de Abu Dulaf en Samarra, Iraq (859-61), y una de las reformas que la nueva dinastía oriental introdujo en la mezquita (omeya) al-Aqsà de Jerusalén, según la hipótesis de Robert Hamilton (fig. 3). Como reflejo de lo que Christian Ewert llamó *el tímido aperturismo de la dinastía consolidada*, ‘Abdarrahmán II anunció la planta en T en su ampliación (figs. 2 y 8). Lo hizo mediante la *señal* de una pequeña cámara cua-

drangular ante el mihrab situando un par de fustes de alabastro simétricos de tipo acanalado de tradición bizantina, únicos en el edificio, coronados por capiteles de nueva talla (columnas O13 y P13) y encajando otras dos columnas iguales entre sí en el muro de la alquibla, como remate de las arquerías que definen la central (O12n y P12n). Otras dos columnas simétricas en la alquibla, esta vez como remate de las arquerías N y Q (N12n y Q12n), creaban una pequeña prolongación transversal a ambos lados. No hubo bóveda ante el mihrab, pues no hay espacio para ella, ni transepto estructural, sino este juego visual tan sutil como perfectamente observable en el propio monumento por el visitante avisado. De esta manera se continuaba con la estructura anterior del edificio, pero al introducir la planta en T se añadía un nuevo elemento de influencia oriental.

Otro rasgo distintivo de la ampliación de ‘Abdarrahmán II respecto del oratorio fundacional fue la introducción, junto con elementos de columnas reutilizados procedentes de edificios preislámicos, de capiteles de nueva talla (fig. 2). Así se continuaban luciendo preciados *trofeos clásicos* como sostenes de la fe, a la vez que se indicaba que el pujante y afirmado Estado omeya era capaz de crear los suyos propios. Estos nuevos capiteles, once en total hoy día, reproducen de hecho modelos antiguos, algo muy típico del mensaje de legitimidad y de las tímidas pero ciertas pretensiones de la dinastía.

En cuanto a las cubriciones, tanto techos como cubiertas debieron seguir la misma o muy similar disposición que en la fase fundacional.

## **6. Muhammad I (852-886): ¿estrepitosa desintegración o callado afianzamiento del Estado?**

Muhammad I hubo de enfrentarse a las quizás más serias amenazas centrífugas en la historia del Estado omeya andalusí, lo que llevó a que apenas hiciese obras de importancia en la Mezquita Aljama, pues sus presupuestos fueron masivamente empleados en grandes obras de infraestructura, como prueban las fuentes escritas y las evidencias materiales. Pero el caso es que ‘Abdarrahmán II murió en 852 sin haber podido concluir las obras de su ampliación, por lo que éstas fueron terminadas por su hijo, quien además restauró cuanto estaba en mal estado en la zona de ‘Abdarrahmán I. Las fuentes dicen también que, tras concluir las obras de su padre, el nuevo emir erigió la *maqsúra*, un pequeño recinto ante el mihrab, reservado al soberano y que lo separa del resto de los fieles, a la que puso tres puertas.

Estos tres datos son de gran trascendencia. Algunos autores han visto en el primero el puro compromiso de este *oscuro* emir de terminar unas obras que ni siquiera eran suyas; en el segundo, la imperiosa necesidad de sujetar unos muros que se caían; y en el tercero, tan sólo la materialización de la timidez y el aire esquivo y apartadizo de Muhammad I, que no deseaba dejarse ver en público. En realidad, la erección de la *maqsúra* fue un paso más en la evolución del ceremonial de corte en Córdoba, un ceremonial que seguía de cerca al abbasí, muy insistente en la figura del *soberano oculto*, una forma de darle empaque, distancia y categoría. Un rasgo más, pues, del orientalismo andalusí, que tenía en Bagdad y Samarra sus modelos. La *maqsúra* cordobesa, sin embargo, no debió estar hecha de obra de fábrica, ya que no queda ningún resto ni señal de ella. Más bien consistiría en biombos o celosías de madera entre las columnas del tramo ante el mihrab, ese juego de pares simétricos que hoy día lo enmarcan. ¿Podríamos preguntarnos si el sutil recuerdo de la *planta en T* allí indicado corresponde a una innovación de Muhammad I tanto como de ‘Abdarrahman II? Desde luego, el conjunto de *planta en T* y *maqsúra* es muy representativo, tanto plástica como simbólicamente, de la situación política e institucional del país entre uno y otro emir. Ya hemos visto cómo Hishám I *terminó* las obras de su padre en la Aljama introduciendo elementos que a ésta le *faltaban*. ¿Hasta dónde podemos considerar *originales* de unos o *innovaciones* de otros estos *refuerzos* o *toques de gracia*? Volveremos con estas ideas al estudiar la ampliación de al-Hakam II.

Como *obra propia* y reconocible de Muhammad I sólo queda en esta mezquita el vano de entrada de la Puerta de San Esteban (fig. 7), bien documentado tanto por las fuentes como por la inscripción que exhibe en su rosca y su dintel diametral, el epígrafe más antiguo conservado en la Aljama, que reza: *En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Ordenó el emir —Dios le honre— Muhammad b. ‘Abdarrahmán la construcción de lo que se renovó de esta mezquita y su consolidación, esperando la recompensa ultraterrena de Dios por ello. Eso se terminó en el año 241 / 22 mayo 855-9 mayo 856, con la bendición de Dios y Su ayuda, bajo la dirección de Masrúr, su fatà.* Ese vano se compone de arco de herradura con dovelas alternas de ladrillo y de piedra, talladas éstas con motivos florales, enmarcado por un alfiz. Destaca claramente del resto de la portada, tanto por el tipo de decoración como por su estado de conservación. También podría pertenecer a la restauración de Muhammad I el friso de tres arquillos ciegos de herradura que alternan con otros tantos paneles florales por encima de esa entrada.



*Fig. 10. Mezquita Aljama de Córdoba: alminar de 'Abdarrahmán III. Vista del paramento exterior con tres arcos de herradura restaurados por Félix Hernández. Foto: Julián Glick Fernández.*



*Fig. 11. Mezquita Aljama de Córdoba: fachada del oratorio construida por 'Abdarrahmán III.*

## 7. Al-Mundhir (886-888) y ‘Abdalláh (888-912): la bancarrota estatal y la apoteosis del soberano oculto

Los sucesores de Muhammad I, los emires al-Mundhir y ‘Abdalláh, hubieron de enfrentarse a la *bancarrota estatal* gestada desde hacía años y precipitada por la falta de ingresos a causa de las rebeldías y el enorme gasto que Muhammad I y ellos mismos debieron hacer para frenarlas, tanto en tropas como en obras de arquitectura militar y asentamientos humanos. Sin embargo, no por ello dejaron de *estampar sus firmas* en la Mezquita Aljama.

Al-Mundhir, cuyo emirato no llegó a los dos años, construyó la *bayt al-mál* o *sala del tesoro* de la Mezquita. No es un detalle baladí: la *bayt al-mál* era un elemento consubstancial a las mezquitas aljamas de Oriente desde época omeya, por lo que su adición a la de Córdoba la *redondeaba* en cierto sentido. También reparó la azacaya, fuente pública con pilón, imprescindible para las abluciones.

En cuanto a ‘Abdalláh, dio un paso que parece inevitable a estas alturas: estableció un ingenio de uso exclusivo del soberano para acceder directamente desde el Alcázar a la *maqsúra*, el recinto ante el mihrab. Lo hizo construyendo un paso elevado y cubierto desde el palacio hasta la mezquita, sobre la calle. A continuación abrió una puerta en la fachada occidental del oratorio, a la altura del tramo ante la alquibla (fig. 9), y cerró este tramo con un *sabát* o pasadizo a lo largo del cual llegaba a la *maqsúra* que Muhammad I había hecho ante el mihrab. Todo un programa coherente y progresivo, pues, desde ‘Abdarrahmán II.

Vemos que, junto con el Estado, poco a poco se reforzaba la expresión del poder y el aludido ceremonial oriental del *soberano distante*. Esto contrasta vivamente con la idea más bien negativa que se tiene de estos últimos emires de al-Andalus, pues la historiografía pinta sus figuras con tonos bastante oscuros. Creo necesaria una profunda revisión del período, lejos de prejuicios y visiones sesgadas: la tradición recoge que la razón del *sabát* fue la impopularidad de ‘Abdalláh, que yendo más allá que Muhammad I, llegó a ocultarse del todo ante la comunidad. Puede que hubiera algo de eso, es bien cierto que su emirato conoció los momentos más bajos de la situación económica y política de al-Andalus omeya, como también lo es que los cordobeses no estaban acostumbrados a que su soberano se ocultase hasta tal punto, ni gustaban de ello. Pero también es cierto que la *ocultación* no fue repentina sino progresiva, con un programa muy claro y concordante con la evolución del propio Estado. No hay casualidades, nada es arbitrario ni repentino. Menos aún en política estatal cuando se tiene visión de Estado.

Del *sabát* de ‘Abdalláh no quedan más huellas visibles que la citada puerta. En el interior del edificio debió ser un simple cerramiento visual mueble, como la *maqsúra*.

## 8 ‘Abdarrahmán III (912-961): de emirato a califato

El emirato fue testigo de un cuádruple fenómeno: la creación del Estado omeya andalusí, el asentamiento de sus instituciones, su *formación física* y su islamización hasta el punto de alcanzar una proporción de población musulmana que en los primeros años del mandato de ‘Abdarrahmán III ya llegaba (si es que no superaba) al 50% de la total del país. Este soberano, si bien heredero de una situación convulsa, también contó con unas bases que le hicieron capaz de vencer las últimas rebeliones internas y de responder a la *provocación fatimí* proclamándose califa en 929. A ello siguió una *paz califal* que trajo consigo un esplendor prolongado a lo largo de su gobierno y el de su hijo al-Hakam II (961-976). Hoy día parece indudable que la ampliación de la Aljama cordobesa por éste fue en realidad la ejecución de un magno proyecto de connotaciones imperiales, posiblemente acariciado desde la fase fundacional y sin duda anticipado en las pocas pero significativas obras de Abdarrahmán III, quien centró su actividad constructiva en *retocar* la infraestructura física del país y en crear y dar vida a su propia capital califal, la ciudad áulica de Madínat az-Zahrá’.

Pero no nos adelantemos a lo que habrá de explicarse más abajo. Las obras de ‘Abdarrahmán III en la Mezquita Aljama de Córdoba hubieron de limitarse a lo siguiente: una ampliación del patio para hacerlo proporcional a las dimensiones que el oratorio habría de alcanzar en su momento, un nuevo alminar y la consolidación de la fachada septentrional de la sala de oraciones, es decir, la que da al patio (fig. 1).

Para ampliar el patio hacia el norte se derribó el muro correspondiente y con él el alminar que había erigido Hishám I. En otoño de 951 comenzó la construcción de la nueva torre, en lo que se empleó un año entero. Fue ubicada en el nuevo muro norte, algo apartada del eje del edificio para poder poner a su lado una puerta de ingreso bien alineada con éste. El alminar en cuestión está hoy día envuelto por un campanario de finales del siglo XVI rematado por una efigie de San Rafael. Las investigaciones de Félix Hernández han permitido conocer la estructura de la obra califal: consistía en una torre de más de 30 metros de altura, con un primer cuerpo dotado de doble escalera y ventanas de tres arquillos de herradura dispuestas a lo largo de tres alturas (fig. 10). Encima



*Fig. 12. Mezquita Aljama de Córdoba: embocadura de la primera nave lateral derecha de la ampliación de al-Hakam II. En segundo plano, el juego de arcos entrecruzados que marcan el transepto, cierran ese tramo de la maqsúra y preceden la puerta del sabát, que se vislumbra al fondo.*



*Fig. 13. Mezquita Aljama de Córdoba: bóveda nervada de la capilla de Villaviciosa.*



*Fig. 14. Mezquita Aljama de Córdoba: vista de la capilla de Villaviciosa desde el oeste.*

de este primer cuerpo se disponía otro de planta y alzado más reducidos y que servía de cámara a los almuédanos. Se cubría con una cúpula calada. Sobre ella había tres grandes esferas de bronce, doradas las extremas y plateada la central, ensartadas en una gran vara. Rematando este conjunto, una manzana de oro y una inscripción con la fecha de terminación del edificio. Al igual que el conjunto de la mezquita, este alminar tendría una gran influencia sobre otros posteriores hasta la época almohade.

En cuanto a la fachada del oratorio (fig. 11), fechada epigráficamente en el mes de *dhú l-hijja* del año 346 / 23 febrero-24 marzo 958, el motivo de su consolidación fue doble: por una parte, era necesario apeaar debidamente la fachada de 'Abdarrahmán I, que arrastraba daños causados por un terremoto ocurrido en 880-881; por otra, reforzarla a fin de sujetar el empuje adicional de las arquerías de la ampliación que ya habría de ejecutar al-Hakam II. Las obras consistieron en la superposición de una nueva fachada sobre la antigua, respetando cuidadosamente las dimensiones de los arcos de ingreso y sus pilares intermedios. El muro resultante tenía el doble de espesor del primitivo (figs. 1 y 2). Lo más interesante de esta intervención son los capiteles empleados como remate de las correspondientes columnas. Estos capiteles son todos de nueva factura, corresponden a dos órdenes, corintio (en realidad, *corintizante*) y compuesto, y tienen como característica singular el ser de silueta muy sencilla, con sus hojas lisas (figs. 2 y 11). Veremos la importancia de este tipo de elemento en la ampliación califal del oratorio.

## 9. Al-Hakam II (961-76): el califato hecho mezquita

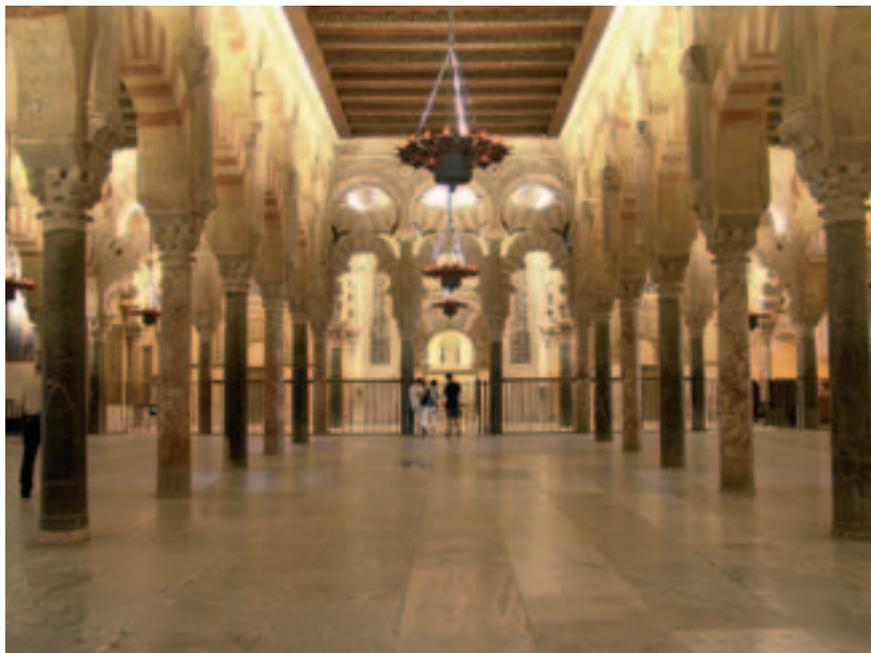
Ya se ha hecho alguna alusión a las obras del segundo califa de al-Andalus en la Mezquita Aljama de Córdoba. Hoy día está bastante claro que éstas fueron la ejecución de un proyecto gestado y apenas comenzado en tiempos de su padre, 'Abdarrahmán III, a quien la muy urgente construcción de su ciudad-palacio de Madínat az-Zahrá' le impidió concluirlo. De hecho, la ampliación del principal oratorio del país fue la primera orden que dio el nuevo califa a mediados de octubre de 961. En enero de 967 las obras estaban concluidas. Dadas las dimensiones del nuevo conjunto, *la mezquita emiral* quedó como un preámbulo de *la califal*, casi un edificio aparte (figs. 1 y 2).

La ampliación de al-Hakam II se hizo, como la de 'Abdarrahmán II, hacia el Sur (en este caso se añadieron trece tramos), por lo que hubo de demolerse, una vez más, la alquibla existente entonces, cuyo *recuerdo*

volvió a quedar en forma de pilares. Pero a diferencia del tránsito entre las dos fases emirales del edificio, diáfano y señalado en su dirección por la planta rectangular de los pilares, el que se hace a la zona califal está marcado visualmente por una arquería transversal, cerramiento que hace patente un *antes* y un *después* material que se corresponde con lo político. La embocadura de la nave central, más ancha que las laterales, se hizo mediante un gran arco *triumfal*, hoy muy remodelado por obras posteriores (fig. 8); las dos naves adyacentes fueron valoradas mediante sendas embocaduras de arcos lobulados (fig. 12); los demás de esta arquería son de herradura. Sobre el espacio de la que fue cámara del mihrab de 'Abdarrahmán II se puso una gran bóveda nervada (figs. 1 y 13) sostenida por sistemas de arcos entrecruzados que hacen las veces de fachadas laterales y frontal (fig. 14). Es la primera vez que este tipo de arcos aparece con función visualmente constructiva en la arquitectura andalusí, a la vez que marca una jerarquía espacial en el interior de un edificio.

Junto con este *punto de arranque* de la nave central (más ancha que las demás) y sus dos colaterales, la siguiente innovación fue introducir un transepto consistente en una arquería transversal ante el muro de la alquibla (figs. 1, 2, 12 y 15). Las longitudinales, prolongación de las emirales, son del típico doble orden de arcos. Van a morir a la alquibla, con lo que el transepto no es diáfano como en las mezquitas abbasíes o de tradición abbasí del siglo IX: se trata de un *recuerdo* más que de una copia pura. A lo mejor se intentó, una vez más, copiar la estructura *final* de la sala de oraciones de la mezquita al-Aqsà, el modelo primigenio de Córdoba, tras la intervención abbasí (fig. 3). De nuevo la llamada a la imagen de la legitimidad califal omeya, en este caso también frente a la fuerte propaganda fatimí, mediante el recuerdo de Jerusalén. El resultado, una sala con *planta en T* ya muy evidente, se vio reforzado en varios sentidos y enriquecido con novedades.

En primer lugar, mediante juegos de arcos entrecruzados formando una *maqsúra* estructural que cierra el tramo ante el mihrab y los dos laterales (figs. 1, 15 y 12). Ya no es una *maqsúra abatible* o una *señal* casi subliminal como debió ser la de los emires, sino toda una obra contundente que separa al califa del resto de los musulmanes. En segundo lugar, mediante bóvedas sobre el compartimiento ante el mihrab (figs. 1 y 16) y los dos laterales (figs. 1 y 17): el punto de intersección y los brazos de la *T* quedaban así marcados en planta, alzado y cubrición, haciendo juego con la bóveda sobre el arranque de la nave central. La que hay ante el mihrab, además, es octogonal y con una semiesfera en su centro, simbolizando el conjunto el Trono de Dios y el tránsito entre la Tierra y el Cielo, un nuevo recuerdo de Jerusalén y la Cúpula de la Roca. Pero aún hay más



*Fig. 15. Mezquita Aljama de Córdoba: nave central de la ampliación de al-Hakam II.*



*Fig. 16. Mezquita Aljama de Córdoba: bóveda nervada del tramo ante el mihrab.*

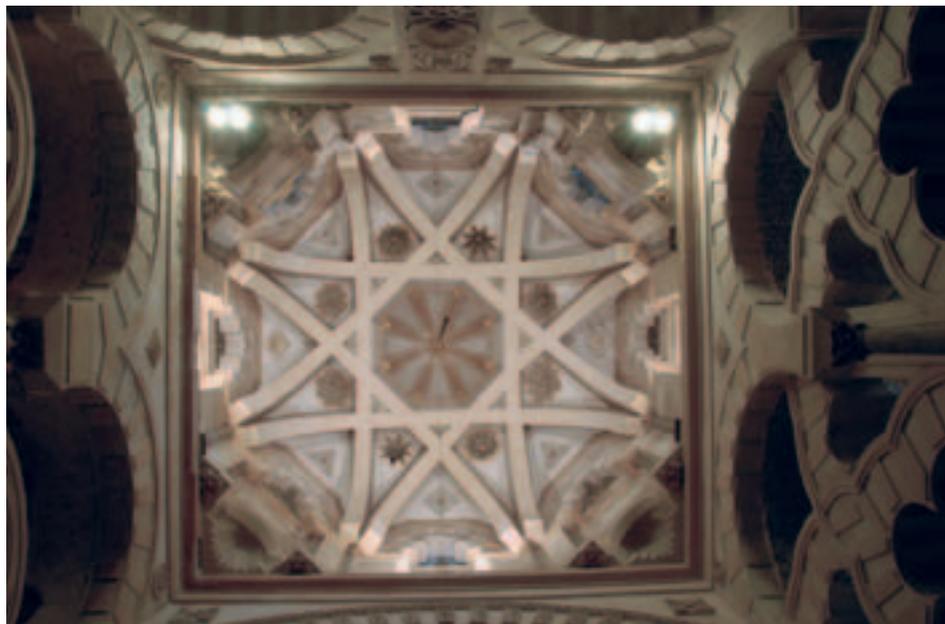
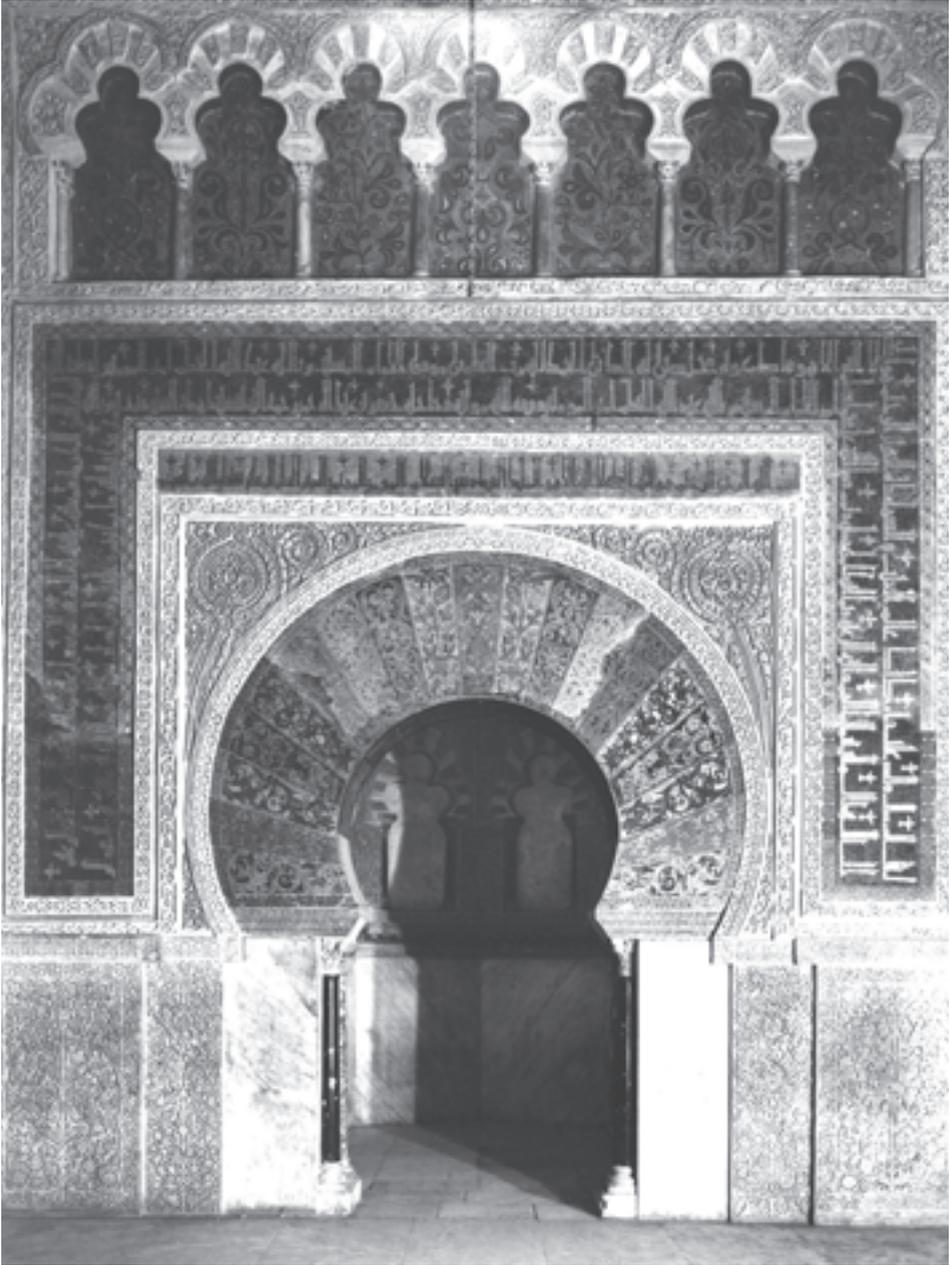


Fig. 17. Mezquita Aljama de Córdoba: bóveda nervada del tramo ante la puerta del sabát, a la derecha del mihrab.

acentos, esta vez sutiles: todas las columnas del oratorio de la nueva ampliación, talladas a propósito para él, lucen fustes negros y rojos coronados por sencillos capiteles de hojas lisas y orden corintio (o *corintizante*) y compuesto, respectivamente (figs. 2 y 15). Su colocación se hizo de forma alterna en cada arquería, de manera que fustes de iguales colores rematados con capiteles de idénticos órdenes conforman líneas diagonales que van a morir a la nave central: esté donde esté el visitante, será *conducido* a la vía recta que desemboca ante el mihrab, foco polarizador del monumento. Una vez en esa nave central, se encontrará flanqueado por parejas alternas de columnas idénticas; y sobre ellas, formando una *segunda planta*, otras tantas parejas alternas de pilastras de yeso también idénticas y que se corresponden en altura con los arcos entrecruzados que se encuentran de frente (fachada de la *maqṣúra*) o detrás (arranque de la nave). Nada es casual, nada se deja escapar, todo está en orden: frente al aparente *caos* representado por las columnas reutilizadas de las fases emirales, el *nuevo orden* del Estado califal, un orden fruto de precedentes que se habían ido perfilando lenta pero inexorablemente a lo largo de dos centurias, se hace patente de forma inequívoca.

La alquibla (fig. 15) mereció un tratamiento especial: el mihrab (fig. 18) está flanqueado por dos arcos laterales, el derecho correspondiente



*Fig. 18. Mezquita Aljama de Córdoba: fachada del mihrab.  
Foto Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, negativo PLF-1316 (R. Friedrich).*

al *sabát* o pasadizo (figs. 1, 2 y 12) y el izquierdo a la *bayt al-mál* o cámara del tesoro (figs. 1 y 2). Estos tres arcos y la bóveda del tramo ante el mihrab fueron cubiertos de mosaicos con temas epigráficos, geométricos y florales diseñados por un artista traído especialmente para ello, junto con el material, desde Bizancio. De nuevo el recuerdo de los antepasados sirios, en cuyas mezquitas y monumentos más señeros (recordemos otra vez la Aljama de Damasco y la Cúpula de la Roca) trabajaron musivarios bizantinos. La cámara del mihrab en sí, de planta ochavada, fue cubierta con una venera naturalista. Los complicados simbolismos de todo este conjunto hunden sus raíces en lo más puramente clásico y áulico, y servían para resaltar la figura imperial del califa y su legitimidad ante Dios y ante los hombres. Como toque final de este programa legitimista, al-Hakam II hizo desmontar las columnas talladas para el mihrab de 'Abdarrahmán II, que fueron trasladadas y colocadas en el suyo, donde hoy se conservan sosteniendo las impostas que documentan la obra con inscripciones cúficas. Un homenaje más a los ancestros, cuya obra se exhibe como sostén de la actual. La conclusión de este mihrab está fechada epigráficamente a finales de 965.

El califa estaba, pues, separado de los fieles dentro de su *maqsúra*, pero, ¿cómo accedía a ella? Pues por su propio pasadizo o *sabát*, también ya mencionado, que comprende el tramo más meridional de su ampliación y cuyo muro norte es, claro, el de la alquibla (figs. 1 y 2). A este *sabát* de la mezquita llegaba desde el Alcázar a través de un puente que, como el del emir 'Abdalláh, conectaba ambos edificios y desembocaba en un postigo de la fachada occidental de la Aljama (fig. 19). El ceremonial del *soberano oculto* tenía aquí su desarrollo extremo y su escenario perfecto. Una vez más: ya no son los aún tímidos pasos del emirato, sino los del firme y seguro califato. Haciendo juego simétrico con este pasadizo para el califa se encuentra, a la izquierda del mihrab, la también mencionada *bayt al-mál* o cámara del tesoro, a la que se accede, como se ha dicho, por una puerta con arco de herradura en la alquibla y, desde el exterior, por la correspondiente en la fachada oriental, hoy dentro del edificio (fig. 1).

Las portadas exteriores de la ampliación de al-Hakam II eran similares a las más primitivas en su composición general, pero con sus elementos compositivos desarrollados (fig. 19). Entre cada pareja de contrafuertes se dispuso una portada tripartita con una puerta central practicable y dos laterales ciegas, superpuestas por ventanas con celosías marmóreas monolíticas coronadas por arcos con alfiz. La puerta central, adintelada, se cobija bajo un arco de herradura enmarcado por un alfiz; sobre él, un friso de arcos y mosaicos se remataba con inscripciones. La



*Fig. 19. Mezquita Aljama de Córdoba: postigo del sabát de al-Hakam II (derecha) en el verano de 2006. Obsérvese la excavación a sus pies, con los cimientos del puente que lo comunicaba con el Alcázar, que queda a espaldas del espectador. A la izquierda, la puerta de San Ildefonso, original de al-Hakam II y muy restaurada por Velázquez Bosco en 1904, según consta en su inscripción.*

decoración era geométrica y floral en piedra blanca y ladrillo rojo. Desgraciadamente, poco se ha conservado de original en estas portadas. La rica decoración que hoy se ve en dos de ellas obedece en gran parte a restauraciones hechas a comienzos del siglo XX por el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco, como está documentado epigráficamente (en árabe y caracteres cúficos) allí mismo.

Las techumbres de la ampliación de al-Hakam II son las más conocidas de toda la Mezquita. Consistían en un alfarje o techo plano de piezas cuidadosamente decoradas con talla y policromía. Esta decoración era más rica y compleja en la nave central, algo menos en las dos colaterales y menos aún en las laterales y extremas. La alternancia de tableros decorativos de la nave central haría juego con los fustes, capiteles y pilastras de yeso de su alzado (fig. 15). Las cubiertas, a dos aguas en las naves longitudinales y el transepto y a ocho en los lucernarios de las bóvedas, debieron ser de tejas planas.

Como conclusión de estas obras podemos decir que al-Hakam II, retomando el modelo fundacional a la vez que las innovaciones de sus antepasados, construyó una ampliación de sabor palatino donde hasta los más mínimos detalles están perfectamente controlados en todas las dimensiones del espacio. Un fiel reflejo de la situación del país bajo la poderosa férula califal: el apogeo del Estado omeya.

#### 10. Almanzor (976-1002): un no tan sumiso canto a la legitimidad y el *jihád*

A al-Hakam II sucedió su hijo Hishám II (976-1009), bajo buena parte de cuyo califato (concretamente, entre 976 y 1002) actuó como regente en calidad de *hájib* Muhammad b. Abí 'Ámir, *Almanzor*, sujeto de una *usurpación calculada* que basó en dos elementos: el espíritu de *jihád* y la sumisión formal a la dinastía Omeya y a la persona del califa, cada vez más oculto. Quizás el más contundente reflejo material de ambas cosas sea su enorme ampliación de la Mezquita Aljama de Córdoba, *copia fiel* de cada una de sus fases anteriores, sin introducción de novedades, salvo de tipo técnico, ni de elementos considerados *privilegios* de los califas (figs. 1 y 2).

Según las fuentes escritas, la ampliación del *hájib* 'amirí fue comenzada en 987 ó 991 y terminada del todo en torno a 1000. Ocurrió que, a los veinte años de concluidas las obras de al-Hakam II, el oratorio de la Aljama había quedado pequeño para una población cada vez más numerosa por su propio crecimiento demográfico y por la aportación de elementos extranjeros (sobre todo bereberes) a los ejércitos. Se imponía una nueva ampliación. El río, el enorme desnivel creado (fig. 19) y sobre todo la alquibla, elemento *intocable*, impedían que esta ampliación se realizase hacia el sur; y al oeste estaba el Alcázar, de manera que sólo quedó el este como opción para agrandar el edificio. Tras adquirir los de la zona, Almanzor procedió a su demolición, junto con la de las construcciones anejas por ese lado a la Aljama. Otro tanto hizo, lógicamente, con la fachada oriental de ésta, de la que salvó tramos que quedaron descontextualizados en el interior, donde sirvieron y sirven hoy día para señalar una clara *frontera* entre el oratorio omeya y el suyo, que guarda una perfecta relación proporcional con él (figs. 1 y 20).

La historiografía ha tratado la ampliación de Almanzor de forma bastante desigual, aunque generalmente peyorativa por su falta de innovaciones, sin destacar de modo especial que ésa fue precisamente la intención del omnipotente *hájib*: ante las acusaciones de usurpación, Almanzor

se mostró sumiso hacia los Omeyas hasta en los más mínimos detalles de su obra. Para empezar, prolongó hacia el este las filas de pilares correspondientes a las *huellas* de las alquiblas de ‘Abdarrahmán I y ‘Abdarrahmán II. A esta última le puso también su arquería transversal de dobles arcos de herradura. Creó así tres compartimientos dentro de su propia ampliación, cosa estructuralmente innecesaria pero programáticamente efectiva, pues el segundo paso fue, utilizando fustes negros y rojos y capiteles de hojas lisas y de orden corintio y compuesto (los modelos califales de esta mezquita), imitar el aparente *caos* de elementos sustentantes de las zonas emirales y el perfecto orden alterno de la califal (fig. 2). Una cuidadosa copia paso a paso o *fase a fase*. También los emblemáticos arcos rojiblancos fueron copiados meticulosamente, aunque razones de espacio forzaron a *encoger* algunos de ellos, introduciendo entonces la herradura apuntada y los lóbulos en el orden inferior. Tampoco se respetó la fábrica original de estos elementos, pues en vez de alternar dovelas de piedra y ladrillo, los arcos almanzóricos son todos ellos de piedra enlucida y pintada haciendo el bícromo juego.

Fue cauto también el usurpador con la cuestión de la alquibla: no se atrevió a construir un muro destacado al efecto ni por supuesto un mihrab, mucho menos a tocar el de al-Hakam II, pese a que quedaba y queda aún hoy descentrado en el conjunto. Pues la sumisión y el respeto debían primar por encima de todo, aunque hoy sabemos, como se sabía entonces, que tales sumisión y respeto no eran sino formales. Pero, ¿qué es un edificio sino pura forma?

En cuanto a las fachadas, ya se ha dicho que las orientales de ‘Abdarrahmán I, ‘Abdarrahmán II y al-Hakam II quedaron selectivamente demolidas en el interior del oratorio (figs. 1 y 20). De todas las demás, la oriental es la única con rasgos definitorios claros, que la presentan como imitación de las anteriores (fig. 21): portadas tripartitas entre contrafuertes con las consabidas puertas centrales de acceso y vanos laterales ciegos rematados mediante ventanas con celosías, todo ello cubierto de elementos análogos a los de sus homólogas occidentales. También como ellas, las *más bellas* que hoy día se ven son fruto de las restauraciones de Velázquez Bosco. No faltaron inscripciones, pero ninguna fue un epígrafe constructivo alusivo al usurpador. Las propias fuentes recogen que éste no lo permitió. Era muy consciente de la importancia de semejante documento y del insulto que supondría contra la legitimidad omeya que pretendía defender y de la que su obra era una clara propaganda. Sin embargo, tampoco hay en el edificio ninguna inscripción constructiva a nombre del califa, Hishám II. Hasta los silencios son elocuentes. Las únicas inscripciones constructivas que se conservan en esta amplia-

ción son signos lapidarios en elementos de columnas, final de una costumbre que se inició en la fase de al-Hakam II. Ninguno de ellos se refiere directamente, claro, a la persona del *hájib*.

Junto con la ampliación del oratorio, Almanzor se cuidó bien de construir pabellones de abluciones. Lo que queda de ellos fue excavado y publicado a finales del siglo XX y hoy se encuentra *integrado* en un hotel frontero de la fachada oriental de la Aljama.

## 11. Conclusiones

La Aljama de Córdoba es el Estado omeya andalusí hecho mezquita. Hemos visto su génesis y su desarrollo fase a fase; y cómo ese edificio emblemático en el sentido más estricto del término llegó a erigirse en modelo de una auténtica copia suya en su propio interior; la ampliación de Almanzor, expresión plástica de la sumisión de un usurpador a la legítima dinastía y a su Estado. Ahora bien, ¿fue ese ejercicio visual de sumisión un ejemplo único o, por el contrario, uno más de los que se hicieron en al-Andalus? Dicho de otra manera: ¿Llegó el Estado omeya andalusí, y con él su lenguaje, a penetrar en todos los rincones de la sociedad bajo su dominio? ¿Trascendió el tiempo y el espacio? Las respuestas son afirmativas, pero se acaba el espacio asignado a esta contribución. El lector verá saciada su curiosidad o su interés en las correspondientes a la arquitectura omeya civil y militar y la de las taifas, las dinastías africanas... hasta la nazarí y la mudéjar. Un viaje en verdad fascinante.

## 12. Orientación bibliográfica

Siempre digo que cuanto se ha publicado sobre la Mezquita Aljama de Córdoba es inabarcable, o una frase por el estilo. Aquí me limitaré a una breve semblanza, ordenada cronológicamente y comentada, de lo a mi juicio más significativo y de consulta más indispensable de entre la cuantiosa bibliografía científica producida a lo largo de la última media centuria.

Media centuria y un año es el tiempo transcurrido hasta hoy desde la aparición del tal vez último compendio de los llamados *grandes maestros*: me refiero a los pasajes dedicados al monumento por Leopoldo Torres Balbás en su contribución al volumen V de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1957 (hay varias reediciones y reimpressiones posteriores). En ellos, junto con los datos de las fuentes árabes conocidas entonces y una minuciosa descripción acompañada



*Fig. 20. Mezquita Aljama de Córdoba: fachada oriental de la ampliación de al-Hakam II y primeras naves de la de Almansor, hacia el sur.*



*Fig. 21. Mezquita Aljama de Córdoba: puerta de San José en la fachada oriental, original de Almansor y muy restaurada por Velázquez Bosco.*

de interpretaciones muy solventes, hay gran cantidad de buenos dibujos y fotografías.

En Madrid y en 1961 publicó Félix Hernández, arquitecto restaurador, *El codo en la historiografía árabe de la Mezquita Mayor de Córdoba. Contribución al estudio del monumento*, sin duda el primer trabajo serio y bien elaborado sobre la espinosa cuestión de la metrología andalusí.

En 1966 el investigador alemán Klaus Brisch publicó en Berlín *Die Fenstergitter und verwandte Ornamente der Hauptmoschee von Córdoba*, que sigue siendo el estudio fundamental acerca de las celosías islámicas del edificio.

En 1968 y también en Berlín apareció la primera obra que Christian Ewert dedicó a la Mezquita Aljama de Córdoba: *Spanisch-islamische Systeme sich kreuzender Bögen. I. Die Senkrechten ebenen Systeme sich kreuzender Bögen als Stützkonstruktionen der vier Rippenkuppeln in der ehemaligen Hauptmoschee von Córdoba*. Con una amplia documentación gráfica aborda de forma rigurosa la arquitectura del monumento, en especial de su tercera fase, y la cuestión de sus arcos entrecruzados.

El mejor estudio acerca del alminar de la Aljama cordobesa es también casi el único: la obra póstuma de Félix Hernández, *El alminar de 'Abd al-Rahman III en la Mezquita mayor de Córdoba. Génesis y repercusiones*, Granada, 1975. Se trata de un libro de historia editorial compleja cuyo autor no sólo hace un análisis de esta torre, sino de todos los alminares omeyas andalusíes conocidos hasta entonces, con hincapié en sus consecuencias sobre los posteriores.

En 1976 Henri Stern publicó la que hoy sigue siendo monografía básica para el estudio de los mosaicos, *Les mosaïques de la Grande Mosquée de Cordoue*, Berlín, con una contribución de Manuel Ocaña acerca de las inscripciones musivarias.

Antonio Fernández-Puertas es autor de varios trabajos sobre la Aljama de Córdoba. «La decoración de las ventanas de la Bab al-Uzara' según dos dibujos de don Félix Hernández Giménez», *Cuadernos de la Alhambra*, 15-17, 1979-81, pp. 165-210, trata de la portada más compleja del conjunto, la de San Esteban, con profusión de datos y excelentes documentos gráficos.

Hasta 1981 casi nadie se había ocupado de los signos lapidarios de esta mezquita, documentos no por marginales menos importantes para la historia de su construcción y de la edilicia omeya andalusí. De entonces data la publicación de Manuel Ocaña Jiménez «Arquitectos y mano de obra en la construcción de la gran mezquita de Occidente», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 102, pp. 97-137, reproducida en *Cuadernos de la Alhambra*, 22, 1986, pp. 55-85.

También en 1981 apareció en Maguncia otra obra fundamental de Christian Ewert, ésta en colaboración con Jens-Peter Wisshak, *Forschungen zur almohadischen Moschee. Lieferung 1: Vorstufen*. Con el apoyo de una magnífica documentación gráfica se definen numerosos aspectos fundamentales del monumento, como su minuciosa organización espacial y, por supuesto, sus génesis y trascendencias hasta lo almohade.

Muy relacionado con esta obra está el estudio de Patrice Cressier, «Les chapiteaux de la grande mosquée de Cordoue (oratoires d'Abd ar-Rahman I et d'Abd ar-Rahman II) et la sculpture de chapiteaux à l'époque émirale. Première partie», *Madriider Mitteilungen*, 25, 1984, pp. 218-81, cuya segunda parte se encuentra en *Madriider Mitteilungen*, 26, 1985, pp. 257-313.

Christian Ewert habría de publicar varias semblanzas breves de la Aljama cordobesa, siempre sobre la base de sus trabajos previos. Una de ellas, quizás mi preferida, es su ponencia en el II Congreso de Arqueología Medieval Española, titulada «Tipología de la mezquita en Occidente: de los Omeyas a los Almohades» y publicada en el primer volumen de sus actas, Madrid, 1987, pp. 179-204.

Junto con las crónicas y descripciones, las inscripciones árabes, y en especial las constructivas, son una fuente de primer orden para el conocimiento de la Aljama. Manuel Ocaña Jiménez es el autor de «Inscripciones árabes fundacionales de la Mezquita-Catedral de Córdoba», *Cuadernos de Madinat al-Zahra'*, 2, 1988-90, pp. 9-28, absoluta referencia de esta auténtica «colección diplomática».

Manuel Nieto Cumplido y Carlos Luca de Tena y Alvear son los autores de *La Mezquita de Córdoba: planos y dibujos*, Córdoba, 1992, recopilación editada en gran formato y que recoge una amplia selección de documentos tanto ya publicados como inéditos hasta entonces.

El primero de los últimos citados es también autor de *La Catedral de Córdoba*, Córdoba, 1998, una monografía que si bien no puede calificarse de científica por cuanto no cumple una serie de «requisitos» académicos, su primera parte, de 312 páginas, es desde luego una referencia inexcusable sobre la Aljama cordobesa, fruto de toda una vida de investigación y dedicación al monumento. Cuenta también con una bibliografía casi exhaustiva hasta 1996. Hay una reedición, actualizada, hecha en 2007.

Los resultados de las excavaciones de Félix Hernández en el predio catedralicio apenas fueron publicados a lo largo de decenios. Desde mediados de los años 90 del siglo XX el arqueólogo Pedro Marfil Ruiz se dedica al seguimiento sistemático de las labores de restauración en el monumento y a la revisión de lo hecho antes de su llegada. «Avance de los resultados del estudio arqueológico de la fachada este del oratorio de

Abd al-Rahman I en la Mezquita de Córdoba», *Cuadernos de Madinat al-Zahra'*, 4, 1999, pp. 175-207, es el estudio de referencia de cuanto de este costado de la Aljama se encuentra bajo el suelo actual, incluido el pabellón de abluciones del emir Hishám.

Del de Almanzor dio cuenta su excavador, Alberto J. Montejo Córdoba, en «El pabellón de abluciones oriental de la Mezquita aljama de Córdoba correspondiente a la ampliación de Almanzor», *Cuadernos de Madinat al-Zahra'*, 4, 1999, pp. 209-31.

Los 309 signos lapidarios publicados en 1981 por Manuel Ocaña Jiménez se vieron incrementados hasta llegar a 694, editados informáticamente y situados según el sistema de coordenadas de Ewert y Wisshak por M.<sup>a</sup> J. Rodríguez y Juan A. Souto, «De gliptografía omeya: signos lapidarios en la Mezquita Aljama de Córdoba. Situación e índice», *Actes du XI<sup>e</sup> Colloque International de Glyptographie de Palma de Majorque*, Braine-le-Château, 2000, pp. 359-91. Quien esto escribe continúa trabajando y publicando sobre el asunto.

Las inscripciones religiosas tienen su papel relevante en ésta como en todas las mezquitas. Susana Calvo Capilla lo ha estudiado en «El programa epigráfico de la Mezquita de Córdoba en el siglo X: un alegato en favor de la doctrina malikí», *Qurtuba. Estudios andalusíes*, 5, 2001, pp. 17-26.

Juan Carlos Ruiz Souza, en «La fachada luminosa de al-Hakam II en la Mezquita de Córdoba. Hipótesis para el debate», *Madrider Mitteilungen*, 42, 2001, pp. 432-45, propone la existencia de dos bóvedas nervadas califales colaterales a la de la actual capilla de Villaviciosa.

La cuestión de los materiales preislámicos reaprovechados en las fases de 'Abdarrahmán I y II ha sido retomada en la Tesis Doctoral de Antonio Peña Jurado, autor del estudio «Materiales de un posible edificio de época adrianea reutilizados en la Mezquita Aljama de Córdoba», *Romula*, 2, 2003, pp. 197-214.

Revisión y ampliación del trabajo de Félix Hernández sobre la techumbre de al-Hakam II es la serie de Bernabé Cabañero Subiza y Valero Herrera Ontañón, la última de cuyas entregas es «La techumbre de la ampliación de al-Hakam II de la mezquita aljama de Córdoba. Análisis técnico y estudio formal de su policromía», *Cuadernos de Madinat al-Zahra'*, 5, 2004, pp. 391-412.

Los trabajos de Pedro Marfil en las cubiertas del edificio dieron como resultado varias publicaciones, de entre las que destaca su «Estudio de las linternas y el extradós de las cúpulas de la Maqsura de la Catedral de Córdoba, antigua mezquita Aljama», *Arqueología de la Arquitectura*, 3, 2004, pp. 91-106.

---

Hectáreas de papel ha manchado y manchará la cuestión de las influencias de esta mezquita sobre la arquitectura islámica posterior. Concluye este repaso a la bibliografía reciente con Bernabé Cabañero Subiza, Carmelo Lasa Gracia y José Luis Mateo Lázaro, «La Aljafería de Zaragoza como imitación y culminación del esquema arquitectónico y decorativo de la mezquita aljama de Córdoba», *Artígrama*, 21, 2006, pp. 243-90.